

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Cada. 1625 MONTERREY, MEXICO

XVIII

Proyectos de Gilberto

Una vez en la calle, Gilberto dejó enfriarse aquella imaginación febril que, con las últimas palabras del conde, lo había arrebatado más allá, no sólo de lo probable, sino también de lo posible.

Cuando llegó á la calle Pastourel, se sentó en un recantón, y mirando en torno de sí para asegurarse de que nadie le espiaba, sacó de su bolsillo los billetes de Banco arrugados á fuerza de estrecharlos en la mano.

Una idea terrible le había ocurrido y le había inundado la frente de sudor.

— Veamos si ese hombre no me ha engañado, dijo mirando los billetes; veamos si no me ha tendido un lazo, y si no me envía á una muerte segura; veamos si no hace conmigo lo que se hace con el carnero, al que se atrae al matadero presentándole un puñado de hierba florida. He oído decir que circulaba una gran cantidad de billetes falsos, con cuyo auxilio los calaveras de la corte solían engañar á las actrices de la Opera. Veamos si el conde no me ha chasqueado.

Y sacó del paquete uno de aquellos billetes de diez mil libras; entrando en seguida en casa de un mercader, preguntó, mostrando el billete, las señas de un banquero para cambiarlo, según se lo había mandado su amo, decía.

El mercader examinó el billete, dándole vueltas y revueltas, muy admirado porque la suma era crecida y su tienda muy modesta; luego indicó á Gilberto, en la calle Sainte-Avoie, el banquero que necesitaba.

De consiguiente el billete era bueno.

Gilberto, fuera de sí de gozo, soltó al punto las riendas á su imaginación, ligó con más cuidado que antes el paquete de billetes en un pañuelo, y percibiendo en la calle Sainte-Avoie un prendero cuyas muestras le sedujeron, compró por veinticinco libras, esto es, por uno de los luises que Bálamo le había dado, un traje completo de paño color de castaña, cuya limpieza le encantó, un par de medias de seda negra algo deslustradas y zapatos de relucientes hebillas, completando con una camisa de lienzo bastante fina su traje, más decente que rico, con el que se admiró á sí mismo, dándose una ojeada al espejo del prendero.

Luego, dejando sus harapos á cuenta de las veinticinco libras, guardó el precioso pañuelo en el bolsillo, y pasó de la tienda del prendero á la de un peluquero, el cual en un cuarto de hora acabó de poner elegante y hasta bella aquella cabeza tan notable del protegido de Bálamo.

En fin, terminadas todas aquellas operaciones, Gilberto entró en una panadería situada cerca de la plaza de Luis XV, y compró por dos sueldos un panecillo que comió siguiendo el camino de Versailles.

En la fuente de la Conferencia se paró á beber.

En seguida prosiguió su camino, rehusando todas las proposiciones de los conductores de carruajes, quienes no comprendían que un joven vestido con tanto aseo economizase quince sueldos en detrimento del betún de sus zapatos.

¿Qué no hubieran dicho si supiesen que aquel joven

que viajaba á pie, tenía en el bolsillo trescientas mil libras ?

Pero Gilberto tenía sus razones para ir á pie : la primera era la firme resolución que había tomado de no gastar ni un solo ochavo más de lo absolutamente necesario ; y la segunda la necesidad de estar solo para entregarse con más comodidad á la pantomima y á los monólogos.

Solo Dios sabe los desenlaces felices que se forjó en su cabeza aquel joven, durante las dos horas y media de camino.

En estas dos horas y media de viaje, había andado más de cuatro leguas, y era tan fuerte la organización de este joven, que ni notó la distancia ni sintió ningún cansancio.

Formados todos sus planes, se fijó en el siguiente modo de hacer su petición.

Atacar al barón de Taverney con palabras pomposas, luego, obtenida la autorización del padre, dirigirse á la señorita Andrea con discursos tan elocuentes, que no sólo le perdonase, sino que concibiese respeto y afecto hacia el autor de la patética arenga que había preparado.

Á fuerza de pensar en ello, la esperanza superó el temor, y parecía á Gilberto imposible que una joven en la situación en que se hallaba Andrea, no aceptase la reparación ofrecida por el amor, cuando este amor se presentaba con una suma de cien mil escudos.

Gilberto formaba todos estos castillos en el aire, pues era tan sencillo y honrado como el hijo más sencillo de los patriarcas, y olvidaba todo el daño que había hecho, lo cual nacía tal vez de un corazón más honrado que lo que se cree.

Preparadas todas sus baterías, llegó con el corazón oprimido al territorio de Trianón : y una vez allí,

estaba dispuesto á todo : á los primeros furores de Felipe, á quien sin embargo, según él, debía aplacar la generosidad de su paso ; á los primeros desdenes de Andrea, que debía ceder á su amor, y á los primeros insultos del barón, á quien su oro debía ablandar.

Efectivamente, aunque Gilberto había vivido alejado de la sociedad, adivinaba por instinto que trescientas mil libras en el bolsillo son una coraza muy segura. Lo que más temía era ver sufrir á Andrea, pues contra esta desgracia temía ser débil, y su debilidad le hubiera quitado parte de los medios necesarios para el buen éxito de su causa.

Entró, pues, en los jardines, mirando no sin un orgullo que sentaba á su fisonomía, á todos aquellos trabajadores, el día anterior compañeros suyos, y entonces inferiores á él.

La primera pregunta que hizo recayó sobre el barón de Taverney, para lo cual se dirigió, como era natural, al mozo que estaba de servicio en el departamento de la servidumbre.

— El barón no está en Trianón, respondió éste. Gilberto titubeó un instante.

— ¿ Y el señorito Felipe ? preguntó.

— ¡ Oh ! se ha marchado con la señorita Andrea.

— ¡ Marchado ! exclamó Gilberto asustado.

— Sí.

— ¿ Conque la señorita Andrea se ha ido ?

— Hace cinco días.

— ¿ Á París ?

El muchacho hizo un movimiento que quería decir :

— ¡ Yo qué sé !

— ¿ Cómo que no lo sabes ? exclamó Gilberto. ¿ Se ha ido la señorita Andrea sin que se sepa dónde ? Sin embargo, no se habrá ido sin motivo.

— ¡ Vaya una bestialidad ! respondió el mozo sin

respetar la casaca color de castaña de Gilberto ; ya se ve que no se ha ido sin motivo

— ¡ Y por qué se ha ido ?

— Por mudar de aires.

— ¡ Por mudar de aires ? repitió Gilberto.

— Sí ; parece que los de Trianón son malos para su salud, y por mandado del médico ha dejado á Trianón.

Era inútil preguntar más, siendo evidente que el mozo había dicho cuanto sabía acerca de la señorita de Taverney.

Y sin embargo, estupefacto Gilberto, no podía dar crédito á lo que oía ; de suerte que corrió al cuarto de Andrea ; pero encontró la puerta cerrada.

Pedazos de cristal, porciones de paja y heno y el hilo con que se cosen los jergones, de todo lo cual estaba lleno el corredor, demostraban que los vecinos del cuarto se habían mudado.

Gilberto entró en su buhardilla, la cual se hallaba en el mismo estado en que la dejara.

La ventana de Andrea estaba abierta para que se ventilase la habitación, de suerte que Gilberto pudo penetrar con la vista hasta la antesala.

El aposento estaba completamente vacío.

Entonces se dejó llevar Gilberto de un dolor extravagante, dándose cabezadas contra las paredes, retorciéndose los brazos y revolcándose por el suelo.

En seguida, como un loco, se arrojó fuera de la buhardilla, bajó la escalera como si tuviese alas, penetró en el bosque tirándose de los cabellos, y lanzando gritos é imprecaciones, se dejó caer en medio de la maleza, maldiciendo la vida y á los que se la habían dado.

— ¡ Oh ! se acabó, se acabó ! murmuraba ; Dios no quiere que vuelva á encontrarla, sino que me muera

de remordimiento, de desesperación y amor. Así es como expiaré mi delito, así es como vengaré á la que he ultrajado... Pero ¿ dónde estará ? ¿ En Taverney ? ¡ Oh ! iré allá, iré ! Iré hasta el fin del mundo, y subiré hasta las nubes si es preciso. ¡ Oh ! ya daré con sus huellas y la seguiré, aunque me caiga en medio del camino muerto de hambre y cansancio.

Pero aliviado poco á poco de su dolor con la explosión de ese mismo dolor, levantóse Gilberto, respiró con más libertad, miró en torno suyo con aire no tan esquivo, y tomó á paso lento el camino de París.

Aquella vez invirtió cinco horas en andar el camino.

— El barón, decía allá para sí con cierto viso de razón, quizá no haya dejado á París, y le hablaré. En cuanto á la señorita Andrea, se ha marchado porque no podía permanecer en Trianón ; pero sea cual fuere el sitio á donde haya ido, su padre lo sabrá, una palabra suya me indicará su rastro, y luego, si consigo convencer su avaricia, ya llamará á su hija.

Fortalecido Gilberto con este nuevo pensamiento, entró en París á las siete de la tarde, es decir, en el momento en que el fresco atraía á los paseantes á los Campos Eliseos, en donde París flotaba entre las primeras sombras de la noche y los primeros fulgores de esa luz facticia que forma un día de veinticuatro horas.

En virtud de la resolución tomada, Gilberto se fué en derechura á la puerta del pequeño hotel de la calle Coq-Herón, y llamó sin vacilar un instante.

El silencio fué su única respuesta.

Redobló los aldabazos, pero sin que el décimo tuviese mejor éxito que el primero.

Entonces perdió la esperanza de ese último recurso con que había contado, y loco de rabia, mordiéndose las manos para castigar su cuerpo, porque sufría me-

nos que su alma, Gilberto volvió bruscamente la calle, empujó el resorte de la puerta de Rousseau y subió la escalera.

El pañuelo que contenía los treinta billetes de Banco encerraba también la llave del desván.

Gilberto se precipitó en él como se hubiera precipitado en el Sena si este río corriese por aquel sitio. Luego, como la noche estaba hermosa, y las nubes, á la manera de copos de nieve, se balanceaban en el azulado cielo; como de los tilos y castaños de Indias se desprendía á favor del crepúsculo de la tarde una suave fragancia, y como el murciélago iba á golpear con sus silenciosas alas los vidrios del ventanillo, Gilberto, vuelto á la vida por todas esas sensaciones, se acercó al ventanillo, y al ver blanquear en medio de los árboles el pabellón del jardín en que en otro tiempo había hallado á Andrea, á quien creía perdida para siempre, sintió despedazarse su corazón, y cayó casi desmayado sobre el borde del ventanillo, con la mente sumergida en una vaga y estúpida contemplación.

XIX

En que Gilberto ve que es mas fácil cometer un crimen que vencer una preocupación

Á medida que iba disminuyéndose la sensación dolorosa que se había apoderado de Gilberto, sus ideas eran más claras y precisas.

En este intermedio la oscuridad que iba haciéndose más densa, le impidió distinguir nada, y entonces se apoderó de él un invencible deseo de ver los árboles, la casa y las alamedas que la oscuridad acababa de confundir en una sola masa sobre la cual flotaba el aire extraviado como sobre un abismo.

Recordó que una noche, en tiempos más felices, había querido adquirir noticias de Andrea, verla y aun oírla hablar, y que con peligro de su vida, cuando aun padecía de resultas de los acontecimientos del 31 de mayo, se había deslizado á lo largo del tubo de los canales desde el piso hasta abajo, es decir, hasta el bienaventurado suelo del jardín.

En aquel tiempo era muy peligroso el penetrar en aquella casa donde vivía el barón, y donde Andrea estaba tan bien guardada, y sin embargo, á pesar de ese peligro, Gilberto recordaba lo muy dulce que era aquella situación y con cuánto gozo había palpitado su corazón cuando oía el sonido de su voz.

— Veamos, dijo para sí, si vuelvo á comenzar, si voy por última vez á buscar el sitio en que estuvo pre-